

## **El perro de El Paraíso**

Cuando las personas visitan la huaca soy invadido por una sensación extraña. Mis patas se llenan de vigor. Es como una comezón que comienza desde mis garras y se termina implantando en mi estómago. A veces, llego a confundirla con el hambre o la sed. Pero sé que es distinta y que solo aparece con la presencia de aquellos de patas largas. Sus palabras incomprensibles hacen que despierte, me levante y ofrezca mis servicios bajo el gran sol del verano. No he sido instruido como guía turístico, sin embargo, he recorrido cada una de las edificaciones de estas ruinas. Incluso he llegado a ir más allá que los más diestros en literatura arqueológica. ¿Quién, sino yo, se ha dormido sobre estos montículos de piedra de antaño? Cada día dejo mis huellas en todo el complejo, ahí, junto a las de los gigantes alargados.

Hoy llegó un grupo de esos grandes animales con cubiertas en sus cabezas y botellas de agua en sus manos. Les di la bienvenida mirándolos a los ojos. Traté de contenerme, de mantener la compostura, pero los movimientos contoneantes de mi cuerpo me delataron al instante. Ni qué decir de mi rabo que cobró vida propia. Me avergoncé de mi pose inmadura, creía haber llegado a un acuerdo con mi corazón, pero no tenía el control de mando de mis emociones. Quería jugar con ellos, que me acariciaran el lomo, que corriéramos sobre la suave tierra que se levanta con el viento. Pero tenía que ganarme la comida que los vigilantes de la huaca me dejaban afuera de la garita. Me posicioné, entonces, delante de ellos y emprendí la marcha.

Guie a los visitantes por todas las edificaciones. Les hablé de mis aventuras en cada una de ellas, cómo una vez me llegó a atacar un gallinazo. Mil y una anécdotas revistieron el recorrido. El punto final fue el mirador. Subí brincando cada peldaño, cuidando que los grandes animales me estuvieran siguiendo el rastro. Pero la pena es convergente a mí cuando el estímulo se presenta. Y ahí, viendo a los seres de dos patas subiendo la pendiente, con esos cuadrados pequeños de piedra como fondo, la legaña endurecida de mis ojos empezó a humedecerse. La vitalidad que me sobrecogió al inicio empezó a consumirse. Si en el pasado me hubiera limitado a seguir sus pasos, a no ser tan distraído como para entretenerme con el bello paisaje, aún seguiría con mi gigante favorito. Continuaré dejando mis huellas y alimentándome con mi trabajo de guía, tal

vez algún buen día se acuerde que me olvidó en esta huaca que ahora también cuenta mi historia.